

ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN EXCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

Católico por naturaleza y por educación, intimamente convencido de la verdad de las creencias y misterios que nuestra divina religión encierra, mal podría yo en las primeras producciones, fruto también de los primeros años de mi vida, verter con reflexión y voluntad en el corazón de otras personas las funestas semillas de la mentira y de la duda; pero puesto que nuestro respetabilísimo Prelado, en su comunicación de 28 de junio próximo pasado, ha comprendido por mí y me ha hecho comprender que mi inesperienza me había hecho incurrir en errores que pudieran traer fatales resultados, estoy en la obligación de decir lo siguiente: Sobrescitada mi imaginación por la grandeza del asunto que trataba, apurado por la premura del tiempo de que mis obligaciones me permitían disponer, mi pluma trazó sobre el papel pensamientos, vertidos al acaso y sin intención ninguna. Declaro, pues, y protesto solemnemente que todas las ideas que tengan algún enlace con el sagrado dogma, y que se encuentren en mi artículo «La posesión del genio lleva en sí envuelta siempre la posesión del infortunio,» que puedan aparecer como heréticas, las retiro desde ahora y para siempre, todo mi ser las rechaza, y que únicamente las creí tolerables en un principio como una *fiction poética*.

Esto en cuanto al dogma que siempre firmemente creí, creo y confieso.

Ahora en cuanto á la proposición principal del ya citado artículo, que el infortunio va inherente al genio, ha llegado á

mis oídos que el público la consideraba como inexacta, y por consiguiente indefendible. Me veo, pues, precisado á hacer sobre esto algunas observaciones.

De ninguna manera, al sentar aquella idea he querido decir, que los talentos eminentes con los que la naturaleza dotaba á algunos seres, hiciesen á estos desgraciados solo por la circunstancia de poseerlos; al contrario, los talentos superiores encuentran una dicha y un placer indefinibles al penetrar hasta el fondo de los mas grandes y misteriosos arcanos cuya superficie ni aun puede tocar ni comprender la generalidad de los hombres. Solo si quise dar á entender que escitados estos por ese funesto espíritu de envidia que (por desgracia) es tan comun en el corazón de los mortales, lanzaban toda clase de insultos y dolores sobre aquellos ante cuyo poderoso talento se humillaban sus vanas pretensiones. Por mas que un hombre se consuele en sus quebrantos y amarguras con las sublimes ideas de la bondad y la justicia de un Dios omnipotente; por mas que la grandeza de su espíritu le haga despreciar las miserias y la nada de esta vida, la injusticia y pasiones de sus semejantes ¿dejará de sufrir y padecer al verse sumido en las miserias, al cruzar errante y á escondidas el ámbito del globo, ó al pasar su existencia entre los hierros de una lóbrega cárcel?

Al emitir, pues, la citada idea teníamos presentes los siguientes ejemplos cogidos sin orden ninguno entre la multitud de los que pudiéramos citar. Homero, el cantor de los Dioses y combates, recorriendo ciego y viejo las montañas de la Gre-

cia, de aquella nacion cuyo esplendor habia cantado, implorando la compasion de sus compatriotas para aplacar su hambre y entonando en accion de gracias cuando su súplica era acogida con benevolencia alguno de los trozos de sus inmortales poemas. Sócrates, ese genio de la antigüedad que continuamente proclamaba que desde lo alto del trono de un Dios único y supremo, descendian todas las ideas de la virtud, de lo sublime y de lo bello, ridiculizado en la comedia de las Nubes de Aristófanes, maltratado por sus contemporáneos, y ultimamente condenado á beber la ponzoñosa cicuta. Séneca, el filósofo desterrado de Roma por espacio de ocho años, obligado á abandonar la profesion de retórico, y ultimamente condenado á elegir el género de su muerte. Teócrito, condenado á degüello por Antígono. Esopo, el ingenioso fabulista, que despues de haber pasado su existencia en la esclavitud, terminó su vida siendo despeñado en Delfos. El trágico Sófocles cuyas producciones revelan el sentimiento y la nobleza acusado de demente por sus propios hijos ante el temible tribunal del Arcepagó. Menandro, sucumbiendo de dolor al verse pospuesto á todos los mas humildes escritores de su época. Ciceron el grande, desterrado de la patria, á quien tantas veces habia salvado, y por fin degollado inhumanamente. Dante, el primero de los poetas cristianos, que abarca en sus producciones el cielo, la tierra y el infierno, arrojado de Florencia, su pais natal, recorriendo la Europa, sumido en la mayor pobreza, condenado á ser quemado vivo, y exhalando el último suspiro lejos de su ingrata patria, que muy pronto abriria cien cátedras para explicar su Divina Comedia. Camoens, el cantor de los Luisiadas, arrojado igualmente de Portugal, combatiendo en Africa y escribiendo en medio de las guerras y de su miserable existencia su inmortal produccion, luchando brazo á brazo con la furia de los mares para salvarla y muriendo por fin sobre un inmundó jergon en un hospital de Lisboa. El Taso, ese poeta tierno y melancólico, huyendo proscripto de su patria á la edad de ocho años encerrado por loco en una cárcel

de Ferrara por aquel mismo, cuya gloria habia cantado. Galileo, ese ilustre astrónomo, el inventor de la péndola, del telescopio y de las leyes de la Gravedad, obligado por el tribunal de la inquisicion á doblar sus rodillas á la edad de setenta años y á jurar estendiendo sus manos sobre los Evangelios, que la tierra no se movia al rededor del sol, cuando se acogeria despues esta idea como un axioma verdadero; sumido despues en el fondo de un lóbrego calabozo en donde hiriendo tierra con sus plantas la decia: lo niegan y se desencadenan contra mi, y sin embargo ¡ó tierra! tu te mueves.

Colon, el mas grande de los modernos navegantes, reputado por loco, recorriendo la Europa en la mayor estrechez, implorando á diferentes naciones le ausiliasen en su prodigioso intento; despreciado por todas; acogido finalmente por una de estas, y dotando al mundo antiguo con un nuevo mundo, preso despues y sumido entre cadenas, viéndose arrebatarse la gloria de dar su nombre al descubierto continente. El religioso poeta Fray Luis de Leon sepultado por espacio de cinco años en las prisiones del Santo Oficio, por haber traducido el Cantar de los Cantares. El historiador Mariana preso, ahrojado y arrastrado de un punto á otro. Chaucer, el mas antiguo de los poetas de Albion, el autor de los cuentos de Cantorbery, y de Crescila, perseguido injustamente por Ricardo II, y obligado á huir de su patria. Dryden, el primer crítico ingles y uno de sus grandes clásicos, obligado á escribir por su miseria; obligado á abandonar su título de Poeta Laureado en tiempo de Guillermo de Orange; cercado de temibles enemigos y mil veces espuesto á ser herido y maltratado. Corneille, el verdadero creador del arte dramático en Francia, que despues de haber escrito su celeberrima tragedia del *Cid*, se vió perseguido tenazmente por Richelieu, y tuvo el dolor de ver condenada su obra maestra por la Academia de su patria. El amoroso Racine, insultado y rodeado de mil poderosos enemigos, despues de haber dado al teatro su Fedra, silvado y colmado de desprecio por su bellísima Ata-

lia, y muriendo finalmente de disgusto. Crebillon, el autor de *Idomeneo* y *Astrea*, renunciando á escribir por espacio de 22 años y viviendo de una manera miserable. Milton, el cantor del *Paraiso Perdido*, condenado á morir en el cadalso, conmutada esta pena en la de prision; escribiendo su inmortal produccion ciego y viejo como Homero y dictándola á su muger y á sus dos hijas. Cervantes, preso, maltratado, insultado por sus numerosos émulos, pasando su vida en la pobreza y escribiendo de esta manera su grande é imperecedero *D. Quijote*. Lope de Vega, muerto igualmente sumido en la escasez de recursos. Moliere, espirando abrumado por el desprecio y el dolor, haciendo el papel del *Enfermo Imaginario* en su propia comedia. Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin, presos sufriendo la miseria y los insultos y yendo á morir en estrangeira tierra. Jovellanos, preso, conducido de una á otra cárcel, desterrado y muriendo igualmente de dolor. Silvio Pellico, el autor de *Mis prisiones*, condenado á muerte, conmutada su pena en diez años de encarcamiento sufrido entre las mayores privaciones. Y por fin Chateaubriand, el inspirado autor de los *Mártires*, obligado á emigrar de su patria atravesando la Alemania en el mas pobre y lastimoso estado, luchando igualmente en Inglaterra con la miseria, combatido por el emperador Napoleon y condenado á abandonar su asiento en la Academia.

A pesar de todas estas razones, el fallo de un público tan ilustrado me es muy respetable, y por consiguiente tambien estoy pronto si él no lo modificase á retirar por mi parte la emitida idea de que la desgracia va inherente al Genio.

AURELIANO VALDÈS ACHUCARRO.

RECUERDOS HISTÓRICOS DE OVIEDO.

(Continuacion.)

Cuatro esclavos de la catedral de Santiago acusaron á su obispo Ataulfo, conocido por sus piadosas costumbres, del enorme pecado de Sodomia. Indignado el rey mandó compareciese á su presencia el prelado, que acudió obediente á la

corte, y antes de entrar en el alcázar régio celebró misa. Aun vestido con los ornamentos pontificales se presentó á Ordoño, y este sin escuchar sus disculpas, mandó soltar contra el obispo un bravísimo toro azorado con perros y garrochas. Ataulfo hizo entonces la señal de la cruz, y se acercó al toro que bajó humilde su cabeza, y el obispo le quitó fácilmente sus agudas astas que presentó á los espectadores. Eran estos el rey y los grandes, que asombrados con tan gran prodigio, y reconociendo la inocencia de Ataulfo se arrojaron á sus pies en demanda de perdón por haber dado crédito á la calumnia. Los esclavos fueron condenados á la hoguera, y las astas del toro colgadas de las bóvedas de la catedral, donde dice entre otros Mariana, permanecieron largos años en memoria de tan señalado suceso. *Ataulfo* ó *Adulfo*, como otros le llaman, no quiso volver á su silla, y renunciando su alta dignidad, se retiró á un lugar cercano á Grado, donde vivió largo tiempo, y murió santísimamente. De su nombre se dijo aquella aldea *Santo-Dolfo* y en su iglesia se ve aun el sepulcro del calumniado obispo, que es mirado con singular veneracion. (1)

Ordoño I, despues de un reinado glorioso de diez y seis años, durante los que restauró muchas ciudades destinadas por las guerras, venció á los Vascones, Normandos y Sarracenos, sobre los que alcanzó la famosa victoria de Albelda, (2) murió de gota en Oviedo en 866. Acompañáronle á la tumba las lágrimas sinceras de sus vasallos, como justo tributo á su piedad y virtudes, y el monge de Albelda le dió en su estimada crónica, el hermoso dictado de *Padre del pueblo*. Sus restos fueron depositados cerca de los de sus antecesores en el panteon de Santa Maria, y en su sepulcro se escribió este epitafio notable:

Ordonius ille princeps quem fama loquetur
cuique reor similem secula nulla ferent
Ingens consiliis, et dextere belliger actis
Omnipotensque tuis non reddat debita culpis
Oviit sexto Kal. Junii, Era DCCCCIII.

El mismo dia del fallecimiento de Ordoño los próceres y prelados proclamaron rey á su hijo primogénito que á la sazón se hallaba en Galicia, y que solo contaba diez y ocho años. (3) Tomó el

(1) Este suceso se dice tuvo lugar un Jueves Santo: los tres esclavos acusados se llamaban *Zador*, *Chadon* y *Ansilon*. Los tres prelados historiadores D. Pelayo de Oviedo, D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo de Toledo, refieren el hecho en el reinado de Bermudo II.

(2) Este combate en que quedaron muertos diez mil sarracenos, y Garcia, rey de Navarra, que venia en su auxilio, fue el que con error atribuyeron muchos historiadores al rey D. Ramiro I con el nombre de batalla de Clavijo.

(3) Desde la edad de 14 años le habia asociado su padre al gobierno, y esta circunstancia originó alguna confusion en la cronología de este rey, por contar unos historiadores los años de su reinado desde aquel hecho, y otros solo desde la muerte de su padre. (Véase Risco.)

nombre de Alfonso III, y sus vasallos con razon y justicia le añadieron el dictado de *Magno*. Pasaran pocos dias desde que empuñara el cetro Asturiano, cuando ya se vió despojado de él por el turbulento Fruela, conde de Galicia, que á la cabeza de un ejército, penetró atrevidamente en Oviedo, y obligó á Alfonso á buscar un asilo en Alava, como en otro tiempo y por igual causa aconteció al rey Casto. Poco duró el triunfo del usurpador, pues los habitantes de Oviedo, irritados por sus demasias y crueldades, cierta noche le dieron muerte á puñaladas dentro de su propio palacio, y restituyeron la corona al rey legitimo, que fue recibido con grande entusiasmo. Pronto tuvo Alfonso que empuñar su espada contra los inquietos Alaveses, que de nuevo se levantaron, y su conde ó gobernador, caudillo de la sediccion y que se nombraba Eilon, fue preso, cargado de cadenas y conducido á Oviedo, donde acabó sus dias en un oscuro calabozo. Dedicose el rey Magno con ardor á buscar la prosperidad de sus estados que estendia cada dia con su vencedora espada y que gobernaba templada y justisimamente. Con objeto de defender á Asturias de las correrias de los normandos y de los moros, enemigos siempre temibles que amenazaban por el Septentrion y el Mediodia, construyó gran número de castillos. *(Se continuará.)*

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

LOS DOS BALCONES.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

POR

GUILLERMO ESTRADA.

IV.

(Conclusion.)

Durante mi nueva cautividad, no recibí mas que una carta, y no pude responder á ella por estar interceptadas todas las comunicaciones. Supe que Josefina estaba moribunda, que nuestra súbita separacion la habia aniquilado, y concluia asegurándome que se sentia aun bastante fuerte para no morir antes de volver á verme. Me esperaba todos los dias.

El marino volvió la cabeza; su voz se habia debilitado, sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—En fin, continuó, pasando su mano seca y nerviosa por sus cabellos, llegó el dia de la libertad. Los cinco oficiales encerrados conmigo en Palma habian muerto de estenuacion, y yo los hubiera seguido, si mi corazon no me hubiese mandado vivir. La voluntad triunfa algunas veces de la fuerza fisica.

No os pintaré los transportes de alegria y tristeza que se apoderaron de mí al volver á ver esta rada y á Palma que parece dormir á la orilla del mar. Son muy dolorosas estas emociones para que yo procure recordarlas. En cuanto bajé á tierra corrí como un loco á la calle de la Reina. Estaba enferma; su padre habia muerto hacia dos meses. Me hice anunciar. Al fin estaba en aquella casa de la que solo habia visto el balcon, pero que tantas veces habia recorrido en sueños. Apenas entré en la primera sala, vi correr hácia mí á Josefina, que no pudiendo esperar con paciencia se habia levantado. Cayó en mis brazos sin conocimiento; pero bien pronto recobró sus sentidos. Estaba cerca de ella, nos mirábamos, apenas hablamos, pero nuestros ojos espresaban todo lo que teníamos que decir. Hay una especie de silencio mas apasionado que las palabras ardientes que se detienen en los labios; muchas veces no se necesita hablar para comprenderse; una mano apretada durante mucho tiempo, una frente inclinada sobre un hombro, establecen entre dos almas una union tan santa, que no sabrian dar cuenta de ella las palabras humanas.

¡Oh! cuanto habiamos cambiado uno y otro; ella era bella aun, pero con una belleza doliente. La palidez de su semblante hacia resaltar sus grandes ojos negros, y sus hermosas cejas coronaban noblemente su rostro. Yo no era el hombre que ella habia amado, habia envejecido diez años, y los sufrimientos fisicos habian arrugado mi frente antes de tiempo. Pero nuestros ojos brillaban como los de un moribundo. Nunca senti tal mezcla de alegria y tristeza como el dia de nuestra union. Recorria con una mirada curiosa los muebles de su cuarto.

—Nada se ha cambiado, me dijo apoyándose sobre mi hombro. Me condujo al balcon. Luego añadió mostrándome la prision:

—Estabas allí; hoy estas aqui, y se sonrió con toda su alma. Oh! ya estoy buena, continuaba, siento que me vuelven las fuerzas. Y tu tambien, vas á olvidar tus fatigas, y á tener buena vida. Pero ante todo ireis, caballero, á quitar todos esos guñapos, dijo con un gesto encantador. Si, lo quiero, somos ricos, esta casa es vuestra, monseñor, y todo lo que la habita y lo que la amuebla os es dado en plena propiedad.

—Loquilla! repliqué, ya piensas en vanidades.

—Verdaderamente, continuó, hemos sufrido mucho. Ademas, si quieres tus vestidos los guardarás. Te están bien.... vamos! estoy loca como tu. Dimos una vuelta por las habitaciones poco á poco, porque apenas podia andar.

—Hé aqui el cuarto de mi pobre padre, me dijo, ha muerto bendiciéndote y aprobando nuestra union futura. Habia llegado á una edad muy avanzada, y Dios le ha llamado á sí; no pasará un dia sin que roguemos por él. Se sentó sobre su

cama, y la hice acostarse mientras iba á mudar mi traje de Cabrera.

A la mañana siguiente un sacerdote nos uni6 en su cuarto y recibió juramentos, que no necesitaban esta ceremonia para ser religiosamente observados. Cada dia recobraba Josefina algunas fuerzas: por la mañana nos paseábamos en su jardin: por la tarde cantaba en su balcón algun romance á media voz; su canto estaba lleno de melancolía y vaga tristeza; me acompaña y me consuela cuando duermo; y cuando vogo de noche bajo esta bóveda estrellada y sobre esta agua durmiente, canto tambien y renuevo mis recuerdos.

Debi haber cometido algun gran crimen, porque la mano de Dios me detuvo en medio de mis mejores ilusiones, y me abatió. Una recaída puso de nuevo en peligro la vida de Josefina; sus fuerzas la abandonaron, y durante dos meses existió, animada solo por un débil soplo. Deciros todo lo que hice, todo lo que sufrí, y la actividad, las vigiliás, y el olvido de mi mismo, que empleé por prolongar su vida, seria imposible: todo fue en vano. La voluntad que destruía la mas noble de las criaturas, me conservaba á mi, pobre enfermo, y hacia pasar su sangre á mis venas. Yo la vi extinguirse y desaparecer como una estrella que sorprende el alba. Dejó la vida sin murmurar, porque esperaba en otra mejor. Empleó sus últimos dias en consolarme y revelarme toda la grandeza de su bella alma.

—Cuando viniste de tu prision, me decia, conoci que la muerte estaba ya en mi. La felicidad de volver á verte, mis fervientes súplicas obtuvieron que yo viviese bastante, para que fuese la mas dichosa de las mujeres, la tuya. Disimulé por ti lo que no podia ocultarme á mi misma. Sentí que que cada dia me extinguia como una lámpara moribunda, que da sus últimos destellos: conservé la sonrisa en mis labios, la alegría en mi semblante para engañarte mejor.

Su mano apretaba débilmente la mia; su mirada brillaba con el fuego de la fiebre, y yo sollozaba como un niño; tenia el corazon lleno de una rabia sorda é impía.

La vispera de su último dia me hizo señal de que me aproximase, y hablándome dulcemente con sus labios sobre mi oído, me dijo:

—Prométeme no abandonarme despues de muerta; hazme poner donde quieras, pero ve frecuentemente á verme, y hablaremos como hoy.

Vi entonces sus dos ojos cubrirse de lágrimas; lloraba por la primera vez; su palabra se habia helado. Dos horas despues senti estremecerse la mano que sostenia, y di un grito desgarrador. Su mirada se habia extinguido; su hermoso rostro quedó inmóvil.

Un ángel de rodillas á su cabecera habia recogido su alma.

El marino se detuvo. Un momento despues con-

tinuó con voz firme y reprimida:

Su cuerpo está depositado en la iglesia de San Agustin, en la capilla en que me visteis esta mañana. Voy allí dos ó tres veces cada dia; mi sitio está preparado al lado suyo. Mi pobre anciana madre ha muerto hace mucho tiempo: no tengo ningun vinculo de familia que pueda unirme á la vida. Hé dado todos los bienes de Josefina al convento de San Lorenzo aqui cerca. La casa de los balcones está cerrada; es mi única propiedad; pero nunca tuve valor para entrar en ella. Vivo con lo que gano, y es lo suficiente para mis necesidades.

Hace ocho años, cuando la escuadra francesa ancló en esta rada pasando á Argel, mi corazon latió con un antiguo recuerdo de gloria militar. La vista del uniforme escitó algo el orgullo de mi alma; pero la vejez ató ya mis miembros, y solo sirvo para rogar y morir...

Se habia levantado la brisa: la lanoha inclinada sobre uno de sus costados se deslizaba con ligereza sobre la rada. Este nuevo impulso vino á propósito para distraer la melancolía que se habia apoderado de mi. El marino habia tomado los remos, y miraba con rostro impassible el cielo y el mar...

Al pasar delante de la goleta me dijo: Hé aqui la Josefina; es un lindo nombre.

—¿No querreis dejar esta rada? le dije.

—No, señor; no dejaré á Palma, mas que para ir á reunirme con ella...

V.

A las tres de la mañana estaba yo á bordo de la goleta, y estrechaba al marino entre mis brazos...

—Saludad en mi nombre á la Francia, me gritó, y haciendo caer sus remos en el mar, se dirigió al puerto.

FIN.

Á UNA AMIGA.

Ni de la envidia los tiros,
ni la burlesca ironía,
nada temas, vida mia,
no llegarán hasta tí,

Que en ese mundo fantástico
de encantadas ilusiones
son mas puras las pasiones
que las que existen aqui.

El murmurar de las fuentes,
de las aves raudo el vuelo,
cuanto hay de hermoso en el suelo
todo habla á tu corazon,

Y la hoja que arrebatada
hácia su incierto destino
encuentras en el camino

te causa tierna emocion.

Acaso miras en ella
nuestra pasagera vida
que por el tiempo impelida
caminando á su fin va.

¡Ah! talvez arrebatadas
de ese mundo á la inclemencia
nuestra misera existencia
en breve terminará.

Quizá como ella impelidas
por el viento de la suerte
vayamos á hallar la muerte
allá en remota region.

Mas huyan presentimientos
de luto y acerbo llanto,
denos el amor encanto,
la amistad inspiracion.

Sigamos en esa senda
toda cubierta de flores,
do son puros los amores,
dónde es santa la amistad,

Cantando cuanto de bello
encierra naturaleza,
su armonía, su grandeza
del mundo la inmensidad.

¿No viste simple avecilla
cuando en un dia sereno
exhala del puro seno
dulce cántico de amor?

¿No viste como á porfia
culto rindiendo á natura,
la fuente amores murmura,
y abre su cáliz la flor?

Pues si muestran su entusiasmo
pájaros, flores y fuentes,
nosotras indiferentes
podremos acaso estar?

No, que tambien al espacio
se elevará nuestro acento
revelando el pensamiento
melancólico cantar.

Cuando en tarde tempestuosa
el trueno pase rodando
por la bóveda y bramando
al mundo imponga pavor,

Sobre el huracan potente
religiosas nuestras voces
se elevarán ¡ay! veloces
á los pies del Hacedor.

Que estando tu aqui, bien mio,
huye el terror de mi pecho,
y de la suerte á despecho
siento en él dulce placer,

Recordando aquellos tiempos,
aquellos juegos de niñas,
las bellisimas campiñas
que nos han visto nacer.

¡Ay! cuántas veces en ellas
bajo de un árbol frondoso
gozando grato reposo

la noche nos sorprendió!

Y entonces tu conmovida
dulcemente me abrazabas
y á ese Dios justo adorabas
que siempre nos protegió.

¡Ah! nunca, nunca del mundo,
los placeres apuremos,
nunca el corazon gastemos
del goce en la saciedad,

Para que amarnos podamos
de Dios en el seno augusto
porque la dicha del justo
se aumenta en la eternidad.

EMILIA ALVAREZ MIJARES.

À JUANA.

Hanme dicho que me dejas

y me alegro por quien soy;
no pienses, Juana, que voy
á atormentarte con quejas:
dices que ya te cansaba
mi cariño, lo concedo,
á mi tambien, y me quedo
tan fresco como me estaba.

No hablemos, pues, mas de esto,
ni pases por ello afan,
pues un antiguo refran
diz que á rey muerto rey puesto.

No me vengas á llorar
por culpas tuyas ni ajenas,
ya que no me quites penas
no me las vengas á dar;

¿penas he dicho? que error!
me cansé y eché por medio...
lo que no tenia remedio
olvidarlo es lo mejor.

Consuélate vida mia,
qué quieres que yo te haga?
todo en el mundo empalaga
y á ti te he querido... un dia:

pues aunque duró un mes justo
nuestra pasion amorosa,
fué por no hallar otra cosa
que fuese mas de mi gusto.

Quince dias para hablarte
un dia para quererte,
otro para convencerte,
y trece para dejarte.

Ajusta, Juana, la cuenta,
treinta dias tiene el mes,
y uno solo, ya lo ves,
te he querido de los treinta.

Tú en recompensa, mi bien,
mientras amor me jurabas
rendida te dedicabas
á hablar con otros tambien:
asi, si bien se repára,

callemos Juana los dos
 pues no tenemos, por Dios,
 nada que echarnos en cara.

Huyó para no volver
 aquel recuerdo perdido...
 mira, demos al olvido
 el mañana, y el ayer;
 el ayer por lo que fué;
 el mañana, claro está;
 pues lo que sucederá,
 ni lo sabes ni lo sé.

Dicen que es una veleta
 la muger, y es evidente;
 tu has girado buenamente
 á todos vientos, coqueta.
 Pero sin contradicción
 diré, Juana, que eres bella,
 y que brillas cual la estrella
 en el azul pabellon;
 ardiente cuando suspiras,
 y cuando hablas hechicera....
 si tu boca no dijera
 tantas y tantas mentiras.

Tus ojos,.. tus ojos... oh!
 hermosos, encantadores,
 espresivos, seductores...
 pero mienten mas que yo;
 tu pie breve y sin rival
 es notado y justamente...
 pero muy frecuentemente
 se desliza por tu mal:

Conque adios, Juana del alma;
 es muy tarde, y tengo prisa:
 esto lo tomas á risa...
 no te enfades, ten mas calma
 y mirate en este espejo;
 no olvides cuanto te digo,
 sabes que soy muy tu amigo
 aunque por otra te dejo;
 y si por un raro azar
 me canso de ella mañana...
 me acordaré de ti, Juana,
 y volveremos á hablar.

F. LUMBRERAS.

Insertamos la siguiente composicion debida á
 la pluma de la Señorita Doña A. J., quien segui-
 rá honrando las columnas de nuestro ALBUM
 con alguna de sus bellas producciones.

A UNA FLOR.



¿Veis esa flor bellisima y preciosa
 De cándida blancura
 Mecida por el aura vagarosa
 Tan risueña y tan pura?

Lame su tallo suavemente el rio,

En su cáliz nevado

Una brillante perla de rocío

La aurora ha colocado.

Amable el seno de tan bella rosa

Le presta su frescura,

Y aquella de rocío perla hermosa

En él goza ventura.

Mas ¡ay! de ardiente sol la marchitaron

Rayos de lumbré pura;

Y en breves dias á la flor robaron

Su gracia y donosura.

¿Que se hicieron tus galas, rosa mia,

Tus vistosos colores?

¿Donde fué tu pureza y lozania

Envidia de otras flores?

Una á una tus hojas nacaradas

¡Ay! marchitas cayeron,

Cual nuestras ilusiones adoradas

Que encanto al alma fueron.

La perla de rocío, ya agostada

La flor ¡ay! tan hermosa,

Cayo al punto, brillante y perfumada

Sobre agua cenagosa.

¡Ay! asi el alma cuando está marchita,

La Inocencia tan pura

En abismo sin fin se precipita

Dó muere de amargura.

Ruegue á Dios, pues, el alma desolada

Pidiendo á su clemencia

No ver jamas marchita y deshojada

La flor de la Inocencia.

A. J.

VARIEDADES.

Voy á tomarne la libertad de ocupar á mis
 lectores con una relacion que tendrá todas las
 faltas que se quiera, menos la falta de veracidad.

Dándome todo el aire de un escritor, me di-
 rigia una de estas tardes á la Malateria, (edificio
 que he visitado muchas veces desde que soy re-
 dactor) cuando vi venir hácia mi á un critico, á
 una de esas temibles plagas para todo el que se
 atreva á dar cuatro líneas á la imprenta. Se acer-
 có á mi con una sonrisa, que me pareció sinies-
 tra, por lo que resolví recibirle con *cajas destem-
 pladas*. Nos saludamos con la mayor finura, y des-
 pues de *las generales de la ley de cortesía*, abordé
 la cuestion que á mi entender trataba de suscitar-
 me, diciéndole con un tono entre indiferente é in-
 teresado.

—¿Y qué le parece á V. de nuestro periódico?

—Hombre; me dijo, perfectamente bien; me
 agradó muchísimo el número 1.º que es el único
 que he visto. Pero me pareció que tenia algunos
 defectos.

—Sí; no es extraño.

—Le diré á V. ; me gusta examinar las cosas con profundidad, asi es que lei la traduccion con un diccionario frances, y otro español delante, y encontré... dos galicismos!! Ademas la composicion *tal* no me gusto nada, el articulo *cual* es regular.

—¿Y la caridad?

—La caridad... es un articulo mediano... malo: me parece que ha de ser copiado.

—Poco á poco; no hay que amontonar defectos, porque lo que mucho prueba, nada prueba: si es malo, no debe ser copiado; y si es copiado, no debe de ser malo; porque nadie querrá plagiar una cosa que valga poco; ademas podrá V. citarme el original?

—Pchs... que se yo!

—Vamos, y qué opina V. de la *cadena magnética*?—Ese si que es una copia.—Pues habia muchos que creian que la escena alli descrita era histórica.—No digo la escena, sino los párrafos de introduccion; los he leído en los periodicos de la corte.—No sé como podrá ser, porque desde el segundo habla de lo que pasó en Asturias con el magnetismo, y eso no llamará la atencion de Madrid.—Si; pero alli donde habla de Mesmer, aquellas ideas no son originales.—¿Y quiere V. que el *Misántropo* inventase otra historia del magnetismo... animal? (Estos puntos suspensivos, los marqué yo en el diálogo, dando á la última palabra una entonacion *vocaliva*.)

—Ya!—Pues!!—En fin, yo...-Si-Y asi continuamos nuestra conversacion algunos segundos. Durante ella pasó hácia *la casa* un malatero que al conocer en mi un redactor del *Album* me hizo un profundo saludo al que yo contesté con una sonrisita de proteccion. Sin duda mi antagonista descubrió en esta sonrisa un tono y una importancia que le revolvió el estómago, pues volvió á otro lado la cabeza con disgusto y como ofendido. Por fin nos separamos despues de estrecharnos cordialmente las manos. Supongo que se iria llamándome tonto en su interior, como yo le llamaba majadero en el mio.

Pero suplico á mis lectores que olviden este paréntesis ó episodio del critico, como yo le olvidé cuando al llegar á la puerta de la casa de pobres oí al otro lado de ella fuertes risotadas. Temeroso de interrumpir una escena de alegria, bajé la cabeza, apliqué el ojo y el oido á la cerradura, y vi al portero en conversacion con el pobre que habia pasado antes.

—Pues señor, decia aquel con el dialecto y el acento de un buen ovetense, baja el Señor (administrador) á ver que querin al baldau con llamalo tantas veces. Ahora eren dos hombres que y dieron les señes del nombre y del pueblu, y entós el señor mandome á llamá'l baldau. Cuando lu vieron bajar á gates, decia unu de ellos. Home, non ye esti. Si ye tal, si ye tal dijo l'otru que bien lu conozco: ah señor l'usté sabe quien

tien en casa? pos esti ye un quintu que si non se presenta tien que ir un flu miu por él.—Como quinto! diz el señor, si dijo al traerle que hacia seis años que estaba imposibilitado.—Seis años! como usté me dejase yo y quitaria la baldadura con esta vara. A no ser que sea la vara de Moisés, dijo el señor riendo. Si, eh! ahora verá.... Y diciendo y haciendo arremanga aquel hombre la vara (que non la quisiera ver sobre la mi cabeza); pero el baldau... levantóse y corrió po'l patiu como un gatu que lu despierden de un cantazu.

Y la relacion se interrumpió con las carcajadas de los pobres.

—¿Conejo! bien te reiris con esi pasu, exclamó el pobre que escuchaba, como envidiando aquella satisfaccion, y riendo al mismo tiempo con la relacion de aquel milagro, digno de la *corte de los milagros* de Victor Hugo.

—Si, dijo el portero, acordábame de aquel paralíticu de la *pestina*, que nos predicaba el cura cuando la cuaresma.

—Vaya, vaya, lo que tien *andar en malos pasos*.

—Si bien diz el refran quien *mal anda mal acaba*.

Yo, que me estaba avergonzado de mi *mala accion* en escuchar aquella conversacion, me recelé tambien algun mal fin, llamé á la puerta, y fué tanto el estudio que hice de entrar naturalmente, con soltura y al mismo tiempo con un poco de magestad, que no pudiendo atender á tantas cosas, di un fuerte encontron en la puerta, que hizo rodar mi sombrero, y hubo de aplastarme las narices. Me apresuré á tomar las escaleras, seguro de que apenas lo hiciese, prolongaria con mi percañe la hilaridad de los dos pobres, y pensando en las palabras del portero:

Quien mal anda mal acaba.

—○○○○—
ADVERTENCIA.

Los Sres. Suscritores por un mes que deseen continuar recibiendo el periódico, se servirán renovar la suscripcion.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

1853.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.